

do y descompuesto el semblante por nerviosa sonrisa, dije con insensato orgullo, arrojando la pluma sobre la mesa:

—¡Esa pluma vale más de lo que muchos se imaginan!

XVII.**Á solas.**

PASARON algunas horas, y la meditación, la soledad, el aislamiento en mi cuarto, quitaron á la pasión el brío, y á la vanidad sus oropeles. Entonces pensé en lo que había sido siempre el móvil de mis acciones, el fin de mis esfuerzos, el término á que todos mis sacrificios y afanes se encaminaban: Remedios. Al evocar su recuerdo, me estremecí, sentí que se nublaron mis ojos, y tuve que cerrarlos un breve espacio, como para no ver la densa nube que pasaba sobre mi frente.

Y cuando los tuve cerrados, temí abrirlos por no ver en las paredes y muebles de mi

cuarto la realidad de mi vida. Los mantuve así, y para dominar la tendencia enérgica de mi pensamiento que me llevaba á considerar el abismo, cada vez más hondo, que me separaba de la que tanto quería, traje á la memoria el recuerdo de mejores días; cuando era ella la humilde *pedreña* y yo el sencillo enamorado de pueblo, con amor tranquilo, sin sobresaltos ni interés de drama.

El día que cumplió diez y seis años, aun no salía el sol cuando pasé por su casa; y ella que me conocía en el ruido de los pasos, salió á la puerta, suelto el cabello derramándose por la espalda, alegre y fresca como flor que ha recogido al amanecer el rocío de la aurora.....

Las impresiones recientes traían á mi mente otras ideas, interrumpiendo mis dulces memorias; pero yo las apartaba con viveza, y reanudaba mis recuerdos, huyendo de la realidad. Parecía que en mi interior luchaban dos seres enemigos.

Todas las pobres mujeres del barrio del Arroyo fueron aquella mañana á ver á Remedios, llevándole sus presentes humildes y

cariñosos. Yo estaba allí y ví á la sensible niña llorar de ternura y abrazar á aquellas buenas gentes, al recibir de sus manos el pobre obsequio que le ofrecían. Sin poderlo remediar, sentí yo más de una vez, que me conmovía la escena hondamente, de manera que era imposible el disimulo. Entre todas las personas que estaban reunidas allí, no había una sola por quien no sintiera yo verdadera simpatía: los Llamas, el Padre Marojo, el maestro de escuela, Felicia.....

Y vencido un instante por lo presente, ví en el cuadro que mi imaginación reproducía, que entre el Padre Marojo y Don Agustín Llamas, pasaban Bueso y Escorroza. Un nuevo esfuerzo de voluntad borró estas figuras repugnantes, y aunque trabajosamente, San Martín volvió á aparecer en mi mente, sin personajes exóticos.

La música del pueblo tocaba en el corredor de la casa, y la sala iluminada con la iluminación más profusa que pudo improvisarse, estaba llena de flores recogidas en el campo, que esparcían penetrante olor y lucían sus varios colores, sin más arte que las mucha-

chas del pueblo sus caras frescas y alegres. El baile iba á comenzar, reinaba entre los convidados la franca cordialidad propia de los lugares pequeños en que todos se conocen y se tratan familiarmente. Yo tenía miedo, porque desde la mañana me había resuelto á decirle á Remedios muy clarito lo que sentía yo en el corazón, aunque ya ella se lo sabía muy bien. Quería atreverme y no podía; ya me acercaba con ánimo de invitarla á bailar, cuando el temor me vencía, haciéndome retroceder. Ella debió de notarlo, porque aún me pareció que se impacientaba; alzó los ojos y me miró con aquella expresión indefinible de sus grandes pupilas negras y húmedas. Vestía la niña un sencillito traje y el adorno de su tocado había sido arrancado de los arbustos del campo.....El traje era de humilde tela.....de humilde tela.....raso azul ajustado á su soberbio busto, derramado en ondas relucientes por la falda; en las orejas gruesos brillantes; y en lo más alto de su redondo pecho una joya riquísima que lanzaba rayos de mil colores y vivísima luz. Me llevé las ma-

nos á los ojos cegados por el lodo, y detrás de mí resonó una carcajada sonora, prolongada, llena de amarga burla, mientras se alejaba decreciendo el ruido de la carretela arrastrada rápidamente por las calles de San Francisco.....

Eso, eso era lo que nunca le perdonaría yo á aquel hombre alzado del polvo para humillar con su insultante fortuna á quien siempre valió más que él. ¡Qué me importaba el poder de sus riquezas, si tenía yo el arma de mi talento y mi pluma para herirle sin compasión y de muerte? Mi pluma, sí; aquella pluma que el más famoso diario de la capital no cambiaba por un aumento de suscripciones, ni por dádivas que se le ofrecían; como que era el alma del periódico, el secreto de su popularidad, la causa del respeto con que se le miraba por envidiosos y enemigos.....

Y por allí corrió mi imaginación desatada, impetuosa, como río que rompe el dique después da acrecer su caudal y sus fuerzas.

Así pasé la tarde, acosado por contrarios pensamientos, entre los cuales vencían siem-

pre los que, sublimando mi orgullo, me desvanecían.

Á las nueve de la noche estaba yo en el cuarto de Felicia, á donde acudí como en busca de refugio para salvarme de mí mismo.

—¿Me has hecho los versos para Remedios? me preguntó la niña. ¡Á que no! ¡Mira, Juan, que me voy á enojar contigo, y á creer que estás perdiendo la vergüenza!

—Deja eso, contesté; hablemos de otra cosa; quiero distraer mi imaginación.....

—¡Cómo está eso! ¿Con que no quieres pensar en Remedios? ¿Qué tienes Juan? ¿Qué te pasa?

Felicia estaba asustada, y sus últimas preguntas eran mimosas y dulces, como las de la madre al niño que llora. Después acercó al mío su asiento y poniéndome la mano sobre el hombro, me dijo:

—Bien he comprendido que te sucede algo grave con Remedios; pero si es que te han dicho algo de ella, no lo creas; no lo creas, Juanito; mira que es muy buena y que te quiere mucho; mira que los envidiosos mienten y manchan á las pobres mu-

chachas sin motivo ninguno. Vamos, hijito; dime qué tienes, qué te pasa, y yo iré á buscar á Remedios para decirle que estás triste y padeciendo por ella; que te consuele, que te haga feliz.....¿Te han dicho que no te quiere ya? Pues miente quien lo diga.

—No, Felicia, dije yo con amargura; nada sé de ella, nada me han dicho. Sé que es buena, la conozco, la quiero tanto como siempre, y sería yo el hombre más ingrato si no lo sintiera y no lo dijera así. Pero.....

—¿Pero qué, hijito?

—No me vas á comprender.

—Dímelo; aunque no te entienda.

—Remedios está muy encumbrada para mí.

—¡Encumbrada!

—Sí, dije con doloroso despecho; encumbrada, muy alta para mí. Hasta hoy he venido á reparar en que ella es rica y yo pobre, hoy que la veo en la sociedad encopetada cuando yo vivo entre la clase sin valor ni significación; hoy que Don Mateo saca á lucir sus riquezas, mientras yo me afano para ganar el sustento diario. Es ridículo

que yo reclame de ella el amor que me tenía cuando éramos igualmente humildes, hoy que hemos venido á averiguar que hay entre los dos tan grandes diferencias.

—Pero, Juanito, por Dios ¿qué estás diciendo?

—Esta es la verdad.

—¿Crees que Remedios.....?

—No creo nada de ella; sé que es muy buena; pero sé también lo que mi delicadeza de sentimientos exige.

—Eres orgulloso, entonces.

—Sí lo soy, cuando debo serlo.

—¿Quieres á Remedios?

—Con toda mi alma.

—Pues no tengas orgullo para ella.

—Pero he de tenerle para con su tío, dije con la energía que me comunicó una oleada de sangre que me subió á la cabeza. Don Mateo me aborrece y yo á él también, esta mañana nos encontramos frente á frente; á una palabra despreciativa suya, contesté yo con otra, trató de ofenderme y yo á mi vez le ofendí, y al fin logré vencerle, obligándole á salir desairado y corrido de la casa á

donde fué á solicitar un servicio, que él creía seguro conseguir con dinero. La guerra se ha declarado: mira tú si aun deberé pensar en Remedios, cuando su recuerdo no sirve más que para lastimarme la herida.

Felicia, afligida y angustiada, tenía en los ojos dos lágrimas próximas á rodar por sus mejillas.

—¿Ves lo que haces, Juan? me dijo en tono de dulce reproche. Se me figura que te estás volviendo malo. ¿Por qué disgustas á Don Mateo, si sabes que de él depende tu felicidad y la de Remedios? ¿Por qué te metes en otras cosas que no tienen tanto interés para tí?

—No tengo yo la culpa, contesté; yo he sido víctima de ese hombre sin motivo ni razón; he querido ir por el camino que mi deber marcaba y él me ha rechazado groseramente. Hoy no me queda más esperanza que una, amarga, venenosa, pero que me da aliento: la de vengarme.

—¡Juan, no digas eso!

—Mi arma es un periódico que él no ha podido comprar porque lo he impedido yo.

Haré uso de ella en la lucha á que he sido provocado; y sin más arte que decir la verdad y evitar que medre la superchería, haré sentir á ese tonto vanidoso, que yo también he llegado á valer algo, sin necesitar para ello párrafos de gacetilla.....

No era esto ya conversación con Felicia. Iba yo de un ángulo á otro del cuarto, y mientras la joven me seguía con los azorados ojos, hablaba yo conmigo mismo, como pensando á voces.

—Todo lo sacrificio, continué; todo absolutamente, puesto que fuera de Remedios nada hay para mí que pueda realizar las aspiraciones de mi alma. Al quitármela me quita lo poco bueno que hay en mi ser. Yo le quitaré, en cambio, lo que él más estima: la careta con que ha vivido siempre; el disfraz con que engaña á la sociedad.

Felicia, que nunca me había oído hablar de aquel modo, se levantó asustada y tomándome por un brazo, me obligó á sentarme. No, no debía yo hacer tal atrocidad. Así como estaban las cosas, aun podían tener remedio; ella iba á procurarlo, y esperaba con-

seguir mucho, porque sabía que Remedios era siempre la misma, buena, cariñosa, y ejercía sobre Don Mateo un poder absoluto. Poco á poco se llegaría á una reconciliación ¿por qué no, si yo era tan digno de Remedios? Pero yo debía ser más prudente, y pensar á toda hora en que se trataba no solamente de mí, sino también de aquella niña que tanto tanto me quería.

Convencida con sus propios razonamientos, fué tranquilizándose Felicia; su voz tomó luego el tono alegre que solía, y al fin su charla se hizo festiva, ligera, juguetona, comunicándome insensiblemente el suave calor de la esperanza, que ardía inextinguible en su alma de niño.